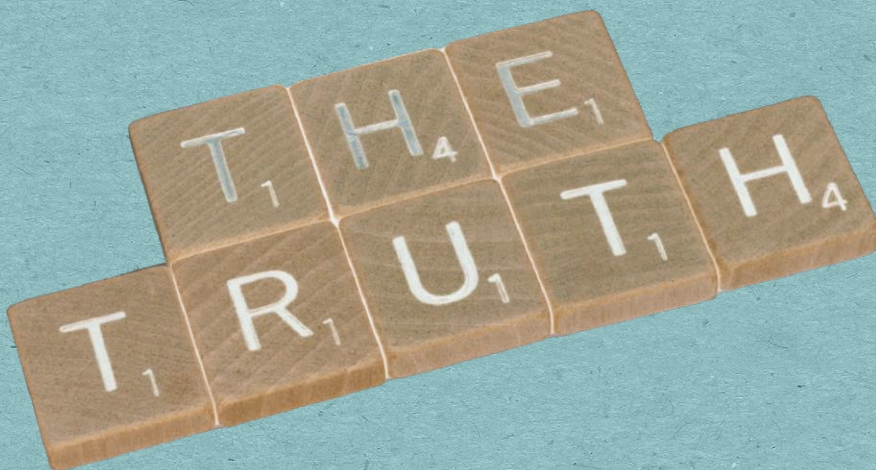


Boletín *Veritas*

Revista de información bibliográfica



POSVERDAD

Coordinación Juan-Antonio Nicolás | Raúl Linares-Peralta

Maurizio Ferraris



**Posverdad y Teoría
estratificada de la verdad**

Entrevista a Maurizio Ferraris: Posverdad y Teoría estratificada de la verdad

*Interview with Maurizio Ferraris:
Postruth and Theorie of stratified truth*

Fecha: 15-07-2022

Entrevistador: Raúl Linares-Peralta (*Boletín Veritas*)

Entrevistado: Maurizio Ferraris (Universidad de Turín)

Maurizio Ferraris es profesor de Filosofía Teorética en la Universidad de Turín y presidente del *Labont* (Centro de Ontología). También es director de *Scienza Nuova*, un instituto de estudios avanzados —dedicado a Umberto Eco y que une la Universidad y el Politécnico de Turín— destinado a planificar un futuro sostenible, tanto desde el punto de vista cultural como político. Fundador del “Nuevo Realismo”, profesor visitante en Harvard, Oxford, Múnich y París, columnista de *La Repubblica*, *Neue Zürcher Zeitung* y *Libération*, autor de exitosos programas de televisión y de más de sesenta libros traducidos en todo el mundo, en su larga trayectoria ha determinado un nuevo curso de pensamiento y estudios en al menos cuatro áreas: la hermenéutica, la estética, la ontología y la filosofía de la técnica.

BOLETÍN VERITAS:**¿Cómo definiría usted el complejo fenómeno de la “posverdad”.**

Maurizio Ferraris: Talleyrand ha dicho que se ha creado la palabra para esconder nuestros pensamientos y estoy seguro de que incluso en las cavernas había mentirosos. Sin embargo, los mentirosos del paleolítico no han dejado huellas de sus mentiras, mientras que las mentiras de Talleyrand permanecen solo en los libros de historia, que son leídos por pocas personas. Ahora, en cambio, cualquier persona conectada a la Web puede inundarla de mentiras y, lo que es peor, de afirmaciones falsas o irrelevantes, pero que cree que son verdaderas o importantes. Porque no debemos olvidar una cosa, y es que, en cualquier biblioteca, el número de falsedades es mayor que el de verdades, y esto no se produce porque quienes escribieron libros quisieran producir algo falso (ocurre muy raramente, por ejemplo con los *Protocolos de los sabios de Sion* o con la Donación de Constantino), sino porque estaban convencidos de que estaban diciendo algo verdadero: que los cuerpos caen porque intentan llegar a su lugar natural, que las mujeres son inferiores por naturaleza y que los alemanes son un pueblo naturalmente filosófico.

Los que escriben estas cosas no son fanáticos, sino grandes filósofos como Aristóteles o Fichte. ¡Imaginemos qué podrían escribir los demás! Y nótese, por extraño que parezca, que así como Aristóteles y Fichte estaban convencidos de que estaban diciendo la verdad, también lo están Trump y sus seguidores. Porque el aspecto fundamental de la posverdad es que –dejando a un lado a los desinformadores profesionales que siempre han estado ahí– la mayoría de los productores de posverdad están convencidos de que producen verdad y de que los productores de mentira son los otros: esos que dicen que la tierra es redonda, que Biden ganó las

elecciones y que las vacunas son menos peligrosas que los virus. Podemos decir sobre la posverdad lo que Sartre dijo sobre el infierno: la posverdad son los otros.

B.V.: En Posverdad y otros enigmas (p. 108) afirma que en el contexto de la posverdad nos hallamos más cerca de la verdad en tanto que revela las estructuras sociales actuales. ¿En qué sentido se puede sostener esta aparente paradoja entre posverdad y verdad?

M.F.: Más allá del desarrollo tecnológico que permite a cualquiera poder manifestar sus ideas, por muy correctas o equivocadas que sean, y que, sobre todo, hace que estas ideas estén escritas y puedan circular virtualmente por la eternidad, la posverdad tiene un aspecto sociológico importante. Hasta no hace mucho tiempo, pocas personas pensaban que tenían una opinión: se solía seguir las opiniones predominantes formuladas por alguna autoridad. La opinión del médico, del abogado, del ministro o del sacerdote eran vinculantes. Ahora ya no es así, y probablemente los únicos que siguen ejerciendo una influencia autoritaria sobre los pacientes son los psicoanalistas. No creo que alguna vez se vea al paciente de un psicoanalista lacaniano objetarle: “esto es lo que dice usted, pero las cosas son de otra manera”. Y no solo porque habitualmente los psicoanalistas lacanianos no suelen decir nada, sino sobre todo porque el paciente espera sanarse precisamente a través de su propia sumisión al “sujeto que se supone que sabe”. Pero en cualquier otro caso, ya sea un médico, un economista o el Papa, siempre habrá un interlocutor dispuesto a objetar: “usted dice que las vacunas son menos peligrosas que los virus (o que imprimir demasiados billetes produce inflación, o que el hijo procede del padre y del espíritu santo), pero navegando por internet tengo pruebas de que no es así”. A pesar de las apariencias, es un signo de ilustración,

en el sentido de que las personas han aprendido a pensar por sí mismas sin delegar en los demás y han aplicado, precisamente, el primer principio de la Ilustración según Kant. Sin embargo, no han aplicado los otros dos principios, a saber: aprender a pensar con las cabezas de los demás y aprender a pensar de acuerdo consigo mismo, es decir, en consecuencia. Y no tenemos ninguna razón para creer que estos dos principios serán alcanzados en poco tiempo, tal vez nos lleve siglos. Mientras tanto, siempre será difícil pedir a la gente que siga las instrucciones de las autoridades, lo cual es bueno si las autoridades representan el mal (por ejemplo, el nazismo), pero es malo si representan el bien o el mal menor, como por suerte sucede habitualmente en democracia.

B.V.: El contexto de la posverdad pone en cuestión el valor social de la verdad. Si la posverdad “nos ayuda a captar la esencia de nuestra era” (12), ¿significa esto que la verdad ha sido totalmente devaluada? ¿Sigue teniendo alguna vigencia la verdad?

M.F.: Basándome en mis dos respuestas anteriores, diría que es todo lo contrario. La verdad nunca ha sido tan importante como ahora. Tiempo atrás, para descalificar a un oponente, se decía que era un incrédulo o un malhechor. Ahora basta con decir que es un mentiroso. Ser veraz es mucho más importante que ser moral o competente, y el hecho de que hablemos de posverdad no significa que se haya restado valor a la verdad sino, por el contrario, que la verdad se ha convertido en la heredera de la autoridad, es decir, constituye el principio político fundamental.

B.V.: ¿Cómo se produce la verdad como resultado entre lo que hay y el juicio acerca de lo que hay?

M.F.: “Lo que hay” es ontología, “lo que sabemos” o “lo que creemos saber” es epistemología. La ontología es real, la epistemología es verdadera, es decir, la epistemología es la expresión de juicios verdaderos sobre la ontología. La forma en que se expresan estos juicios es muy simple: la correspondencia de la proposición con la cosa. Si hay nieve en Sierra Nevada, la proposición “hay nieve en Sierra Nevada” es verdadera; si no hay nieve, entonces es falsa. Hasta aquí todo es muy sencillo, pero los filósofos señalan que la nieve en Sierra Nevada es algo particular y sensible, mientras que la palabra “nieve” es universal y no-sensible: ¿cómo puede algo universal y no-sensible “corresponderse” con algo particular y sensible? Partiendo de esta dificultad, se empezó a decir que la verdad no depende de la correspondencia, sino del contexto, la apertura, el no ocultamiento y muchas otras cosas. Al final se llegó a la conclusión de que la verdad no existe.

Yo propongo una vía diferente. Supongamos que voy a Sierra Nevada a esquiar. Puedo tocar la nieve, puedo deslizarme sobre ella con esquís y, tal vez, incluso constatar que hay muchas cabras que no saben que la nieve se llama “nieve” y, sin embargo, son muy hábiles para saltar sobre la nieve. Cuando hago una bola de nieve tengo una relación tecnológica con la nieve, ya que la manipulo, la agarro y le doy forma. Esta actitud tecnológica puede ocurrir en ausencia de cualquier conocimiento conceptual, de la misma forma en la que nuestro estar en el mundo y nuestro estar en el tiempo precede al conocimiento de lo que es el mundo y lo que es el tiempo.

Ahora bien, ¿qué significa esto? Lo que significa es que haciendo la bola de nieve, hay una correspondencia entre mi mano y la bola de nieve, tanto es así que lo que antes era un montón de nieve sin forma se convierte en una bola. Sería muy difícil negar la

correspondencia entre la mano y la bola de nieve. Entonces, ¿por qué negar la correspondencia entre la bola de nieve y la proposición “esto es una bola de nieve”?

Esta es la razón por la que el problema de la relación entre ontología y epistemología –entre cosas y palabras– que parece tan difícil de resolver (y que generalmente se resuelve insatisfactoriamente, la mayoría de las veces, argumentando que sin palabras no hay cosas, que el lenguaje es el trascendental de la experiencia, etc.), se resuelve muy fácilmente con una teoría de la verdad de múltiples estratos. Está, en primer lugar, la ontología, es decir, lo real: *el portador de verdad*. En segundo lugar, la tecnología, es decir, la interacción con lo real que requiere competencia, pero no necesariamente comprensión: *el factor de verdad*. De aquí podemos, aunque no necesariamente tengamos que hacerlo, pasar a la epistemología, es decir, al conocimiento: *el enunciador de verdad*. Este formula juicios sobre un ser con el que se pone en contacto por la tecnología, por la manipulación; pensemos en ese momento en el que se nos entrega en las manos una herramienta cuyo propósito no podemos entender: en cierto momento se enciende una bombilla y entendemos que es una pinza para romper las patas de las langostas. ¡Eureka! Entonces podemos hacer el juicio: “aquí hay una pinza de langosta” y, quizás, alguien pueda contradecirnos diciendo que es un cascanueces, iniciando así un debate. Por lo general, tanto yo que emito el juicio “es una pinza de langosta”, como el que propone la tesis del cascanueces pertenecemos a la humanidad, la única forma de vida animal interesada en los juicios. Y esto nos lleva al cuarto estrato de la verdad, esto es, al estrato teleológico de los funtores de verdad, es decir, los sujetos, humanos e históricos, que están interesados en la verdad, que formulan juicios y a quienes nos dirigimos en la formulación de juicios.

